

XXIII.

De lo que siguió á la muerte del marqués de Rio-florido.

DLOPE, que habia intervenido tan casualmente en aquel sangriento drama, tuvo ya necesidad de permanecer en la casa.

No podia dejar abandonada á D^a Inés por mas que contra ella abrigase la mas violenta sospecha.

Hizo conducir el cuerpo del marqués á su aposento, y pasó luego á ver á la hija, y calcular si estaba ó no en estado de recibir la noticia de la catástrofe.

Pero cuando D. Lope llegó, ya los criados habian referido todo á la Apipizca, y ésta no lo habia ocultado á su ama.

D^a Inés estaba sombría; el amor que profesaba á su padre no era muy exaltado, pero las terribles circunstancias que habian acompañado á su muerte, las escenas que ella habia presenciado, y sobre todo, la profunda ignorancia en que estaba de la suerte que habia corrido D. Guillen, impresionaban fuertemente su alma.

Por otra parte, D^a Inés aun no estaba restablecida, y

por el contrario, aquellas emociones parecían haber agravado su enfermedad.

D. Lope se presentó ante ella triste y silencioso.

—Caballero—dijo D^a Inés—sé cuánto tenemos, ó mejor dicho cuánto tengo que agradecer á vuestra merced; sin su presencia en esta casa, quizá á esta hora yo sería la víctima; mi mismo padre estaba ya salvado, y si ha muerto, tal vez una imprudencia por parte suya ha sido la causa.

—Señora—contestó D. Lope—no piense vuesa merced por ahora sino en su salud; parece que Dios me envió para salvar al señor marqués, y no fué sino para hacerme testigo de su desgracia....

—Caballero, vuesa merced hizo cuanto pudo, y Dios dispuso lo demas. ¿Va ya á retirarse vuesa merced?

—No, señora; he enviado en busca de la justicia para que comience la correspondiente averiguacion....

—¡La justicia! ¿en mi casa?

—Sí, señora, es preciso.

—Bien, señor.

—Y yo permaneceré aquí toda la noche esperando que vuesa merced, señora, tenga á bien decirme si la puedo ser útil en algo.

—Gracias, señor; gracias; quisiera nada mas saber el nombre de caballero tan cumplido.

—D. Lope de Montemayor—contestó D. Lope saludando.

—Por muchos años—replicó D^a Inés.

—Pues, señora, no quisiera molestar á vuesa merced, y me retiro para dejarla descansar, y en cuanto vuesa merced ordene, aquí estoy para servirla.

D. Lope hizo una reyerencia y salió.

—Marta—gritó D^a Inés.

Marta apareció.

—Llama á Luis inmediatamente—la dijo D^a Inés, y la Apizca salió luego de la estancia.

Poco despues Luis se presentó.

Luis, el hombre de las confianzas de D^a Inés, tambien habia sido atacado por los bandidos; pero la casual llegada de D. Lope, que con sus criados iba á catear de órden del virey la casa del marqués, le salvó como á los demas.

—Cierra la puerta, Luis—dijo D^a Inés.

El criado obedeció.

—Acércate ahora, y escúchame; dentro de una hora creo que llegará la justicia; es urgente que cubras la entrada de la bodega, en la que se encuentra la emparedada, no vayan á descubrir algo.

—¿Y cómo, señora?

—Muy fácilmente, colocando delante una gran cantidad de leña de la que hay tanta en el patio.

—Buscaré quien me ayude, y lo haré.

—Pero inmediatamente.

—Sí, señora.

—¿Y quién te ayudará?

—El mismo hombre que me acompañó la noche que trajimos á esa dama.

—Perfectamente, y ademas, esta oportunidad..... un muerto mas entre tantos que ha habido aquí esta noche, á nadie llamará la atencion.... ¿te parece?

—Dice su merced muy bien.

Luis salió, y poco despues con el mayor misterio levantaba una muralla de leña delante de la puerta de la bodega en que estaba presa D^a Laura.

No mas que Luis, que era astuto, disponia las cosas de manera que podia fácilmente quitando algunos trozos de madera, llegar hasta la puerta que á la vista permanecia oculta.

En menos de media hora el trabajo estaba concluido.

—Oye—dijo Luis al hombre que le habia ayudado llevándole hasta el zagüan que caia para el canal y que habia quedado abierto—la justicia debe llegar por aquí: saca la cabeza y escucha con atencion, pero no descubras tu cuerpo.

El hombre abrió un poco la puerta, sacó solo la cabeza y estiró el cuello lo mas que pudo.

Entonces Luis empujo aquella puerta y la contuvo con el pié, para impedir que el desgraciado aquel saliese de aquella especie de trampa en que habia quedado preso por el cuello.

El hombre luchaba, pero le era imposible escapar. Luis con toda serenidad sacó un puñal y le hundió mas de diez veces en la espalda de aquel hombre, que no podia ni huir ni oponer resistencia.

Conoció al fin que ya habia espirado, y que solo permanecia en pié por la presion de la puerta, pero aun le tuvo así algun tiempo.

Despues abrió, y el cuerpo de la víctima cayó hácia adelante, rodó la escalera de piedra y se sumerjió en las aguas del canal.

Luis volvió á dar parte de su comision á D^a Inés.

La justicia se presentó en la casa del marqués y comenzaron las averiguaciones.

Ninguno de los criados podia decir por dónde habian entrado aquellos hombres; D^a Inés supuso por lo que le refirió la Apipizca que tal vez la puerta del corral habia

quedado abierta, pero se guardó muy bien de conafir á nadie y menos á la justicia sus sospechas.

Se habian encontrado á mas del del marqués, los cadáveres de tres criados y de dos bandidos.

El del hombre asesinado por órden de D^a Inés, no apareció.

—Aquí hay sangre—dijo el alcalde al llegar á la puerta del patio.

—Sí, señor—contestó engañado D. Lope—por allí fué asesinado el marqués y sin duda al conducir el cadáver su sangre manchó la tierra.

—Puede ser—dijo el alcalde.

Y continuó en sus pesquisas.

Pero nada se pudo descubrir, ni tampoco D. Lope advirtió nada que le indicase algo de la suerte de D^a Laura, y él mismo comenzaba ya á dudar de que realmente D^a Inés tuviera parte en su desaparicion.

La justicia habia tenido el suficiente talento para poner presos á todos los criados de la casa, y no hacerse acompañar en sus pesquisas mas que por D. Lope y los que le acompañaban; por eso no hubo ni quien indicase la existencia de la bodega en que estaba presa D^a Laura.

El alcalde escribió mucho, hizo firmar con él á todos los que sabian escribir, y ordenó al escribano que pusiese la señal de la cruz por los que no sabian, y ya en la mañana salió de la casa en medio de un numeroso jentío que llenaba la calle seguido de sus corchetes, y llevando como trofeos cinco cadáveres tendidos en escaleras, que los alguaciles se habian proporcionado en la vecindad.

El cadáver del marqués quedó en la casa, y D^a Inés dispuso inmediatamente todo lo necesario para el entierro.

En aquella casa nada indicaba ya en las primeras horas de la mañana los horribles sucesos que habian tenido lugar allí: D^a Inés estaba tranquila, y los criados limpiaban la sangre y arreglaban las habitaciones.

Solo en la calle algunos grupos de curiosos parados delante de la casa contaban maravillas y pretendian adivinar lo que pasaba en el interior.

La Apipizca se atrevió á hablar á D^a Inés de D. Guillen.

—Es un cobarde—contestó la dama con indignacion—huyó abandonándome en el peligro.

—Quién sabe, señora—dijo Marta.

—Solo que le viera yo herido creeria que habria hecho algo.

—¿Y si vuelve?

—Le oiré para condenarle á mi desprecio, ó para volver le mi amor.

Cuando D. Lope vió salir á la justicia, se dirigió á hablar con D^a Inés: el jóven creia ya haber cumplido con aquella dama, y necesitaba dar cuenta de todo al virey, y de dirijirse á buscar á D^a Laura.

—Señora—dijo á D^a Inés—si vuesa merced me lo permite, y no necesita de mi servicio, me retiro ofreciéndola siempre que si en algo fuere útil puede disponer de mi persona.

—D. Lope—contestó D^a Inés—agradezco y admito el ofrecimiento; he quedado sola en el mundo; quizá necesite de un apoyo y le buscaré siempre en vuesa merced.

—Será una dicha para mí que vuesa merced, señora, me ocupe.

D. Lope hizo aún algunos cumplimientos á D^a Inés, y se retiró, casi arrepentido de haber abrigado sospechas con-

tra una mujer tan hermosa, tan amable, tan discreta, y sobre todo, que en aquellos momentos era tan desgraciada.

Pero apenas salió D. Lope á la calle, sus penas adormecidas por acontecimientos tan extraordinarios volvieron á oprimir su corazon; el recuerdo de D^a Laura volvió á alzarse mas vivo y no pensó sino en combatirle.

Antes que todo se dirigió á contar al virey lo que habia presenciado y á pedirle consejo para buscar á la dama.